

metal, sino en el siglo XV, por el monje Basilio Valentino, en busca de la piedra filosofal.

Este metal, desde su nacimiento en los crisoles de la alquimia, suscitó las disputas más escandalosas, durante más de dos siglos. Primero, fué desacreditado como un veneno. La Facultad de medicina condenó su uso, y declaró por un Decreto solemne, que «tenía una calidad venenosa, que no podría corregirse por ninguna preparación que se le hiciera.»

El parlamento, por su decreto de 1566, prohibió servirse de él, y Paulmier, médico de la Facultad por haber infringido este decreto, fué expulsado de la referida Facultad, en 1609, aun cuando tenía la reputación de médico sabio.

La guerra más encarnizada estalló entonces entre sus partidarios y sus detractores. Juan Chartier prohibía este medicamento en un libro: «El plomo de los sabios.» Eusebio Renaudot hacía su panegirico en otro libro intitulado: «El antimonio justificado y triunfante.» Pero Santiago Perreau escribió en su contra una obra que tiene por título: «El agua fiestas del antimonio,» y Guy-Patin mostraba un grueso registro de enfermos matados por ese metal, al que llamaba «el martirologio del emético.»

Y así en seguida, hasta que el

29 de Marzo de 1666, doscientos doctores se reunieron, el emético pasó al escrutinio y obtuvo la mayoría de 92 votos sobre 102. Y el 10 de Abril siguiente, el Parlamento levantó la condena que había dado contra ese remedio, un siglo antes.

Pobre espíritu humano!.....

El ilustre Paracelso, que dotó á la materia médica del opto y del mercurio, no fué mirado sino como el charlatán más célebre del siglo XV, y murió en el hospital.

¡Quién no conoce el largo proceso que ha tenido que sostener el mercurio en el tribunal de la opinión pública! y este proceso dura todavía.

La Facultad de París, esa reina médica, esa guardiana infalible de los tesoros de la Terapéutica, proscribió por mucho tiempo los remedios químicos, y hasta prohibió hablar de ellos, ya en las cátedras, ya en los exámenes; y hoy son los remedios más empleados. Hoy, en una palabra, todos los medicamentos perseguidos antes, tales como el azufre, el mercurio, la quina, el emético, el ópio, etc., etc., son los más ricos de la materia médica y sin ellos la Terapéutica sería imposible. Sydenham llegó hasta decir del ópio, que sin él, la medicina estaría coja!

Amatus Lusitanus, descubrió en

el siglo XVI las válvulas de las venas. Su descubrimiento, fué primero negado por célebres anatómicos, tales como Fallopio, Thaddæus Dunus y Vesalio; Eustaquio y Vallesio llegaron hasta tratarle de absurdo. Ese progreso de la anatomía fué reprimido durante medio siglo, y fué preciso, el gran Fabricio de Aquapendente, para ponerlo en marcha.

Vesalio, el inmortal anatómico de Bruselas, considerado hoy como el creador de la anatomía humana, fué acusado por sus envidiosos, de haber abierto el cuerpo de un hombre vivo, y condenado á hacer una peregrinación á la Tierra Santa, para expiar su crimen. A su regreso, fué arrojado por la tempestad á las costas de la isla de Zante, en donde murió de hambre.

Actualmente sabemos que la sangre circula en nuestras venas y en nuestras arterias, y que el corazón es el centro de su movimiento.

Williams Harvey, al descubrir ese fenómeno fisiológico, cambió la faz de las ciencias médicas. Y, sin embargo, su teoría fué acogida por los sabios, con la sonrisa de la compasión y de la burla. Ese inmortal profesor, gloria de la escuela inglesa, se contentaba con hablar de su descubrimiento á sus discípulos, y gemía, no comprendido, en el retiro!.... Entonces se le miraba como

á un loco, hoy se le ve y se le reverencia como al médico más grande del siglo XVI.

Pobre espíritu humano!...

Las enfermedades del corazón y de los pulmones, desdichadamente tan numerosas, eran mucho menos conocidas antes de la auscultación y la percusión.

La auscultación tiene por objeto descubrir las lesiones de los órganos, escuchando los diversos ruidos que ellos envían al oído: la percusión puede llegar al mismo diagnóstico, descubriendo los matices del ruido, apagado ó sonoro de esos órganos, golpeados con los dedos y valiéndose ó no de una placa intermediaria.

Acaso no se ha osado acoger esos dos descubrimientos, con las más ligeras chanzas, y parodiarlos con la burla más indigna! Un profesor decía: «Yo no tengo el oído tan fino para oír crecer la yerba.» Y en un banquete de médicos, se llegó hasta proponer adivinar la calidad de los vinos, golpeando las botellas.

¿Qué diré del inmortal propagador de la vacuna?

Eduardo Jenner, luchó también contra la injusticia y preocupaciones de su siglo, y cuando se inauguró su estatua, se hizo la cuenta que si todos los que han sido vacunados diesen solamente, cada uno un céntimo, la suma sería

suficiente para comprar una gran estatua de oro.

M. Figuiet se sorprendió de esa indiferencia culpable de nuestros Académicos. ¿Acaso M. Figuiet, no conocería á los Académicos?

Cuántos hechos de ese género pudiera aún citaros! Pero como me vería obligado á entrar en detalles muy científicos, me limitaré á exponeros algunos todavía más generales, y mas accesibles á todas las inteligencias.

La brújula fué conocida de los chinos desde tiempo inmemorial, cuando menos mil años antes de la venida de Jesucristo, y el uso de este instrumento no se esparció en Europa sino hasta 1300.

La pólvora fué también descubierta y puesta en uso por los chinos. Hasta hoy sabemos esto.

También los chinos fueron quienes enseñaron á los romanos el uso de los fuegos artificiales que estos empleaban en el siglo IV en sus representaciones teatrales. Y sin embargo, varios autores han atribuido al monje alemán del siglo XIV, llamado Bertoldo Schwartz, la invención de la pólvora.

¡Cuán lenta es, pues, la marcha de la verdad á través de los siglos!

El arte de la imprenta parece haber sido conocido en China, aun mucho antes de haber sido cono-

cido en Europa; nosotros, sin embargo, atribuimos su invento á Juan Guttemberg, por el año de 1456.

Al ver hoy los beneficios inmensos que la prensa da á la sociedad, ¿se puede comprender que este descubrimiento haya encontrado en Europa la oposición más fanática? Una leyenda de mediados del siglo XVI refiere que la imprenta fué mirada como un arte diabólico, por ciertos espíritus ciegos y obstinados, y que uno llamado Pedro Herlu rehusó la mano de su hija, pobre, á un rico impresor que se había prendado de ella.

Pero uno de los más notables tipos humanos de desdicha y de sufrimiento, una de las más grandes «víctimas» de la injusticia de los hombres, es ese pobre Genovés, Cristóbal Colón.

Leed la historia de América, y os compadeceréis de sus angustias y tormentos.—Tratado, primero, como loco y visionario, al cabo de mucho tiempo de solicitudes, obtuvo salir de España para la inmortal realización de su pensamiento.—Mas, ved, desde el puerto de Palos hasta la isla de San Salvador, á que pruebas, á que suplicios se vió obligado á resistir! Y después fué engrillado; y este hombre que había descubierto un mundo, murió lleno de calamidades y de penas; y para que la desgracia le

siguiera aun más allá de la tumba, el nuevo mundo que se debería llamar Colombia, se le llamará tal vez, siempre América.

Hablemos ahora de los descubrimientos modernos.

Franklin, cuando inventó el pararrayo, hizo poner uno en su casa, en medio de los sarcasmos de sus conciudadanos!

El alumbrado del gas fué descubierto en 1781, por el francés Lebon.

Los ingleses lo adoptaron también; pero, en Francia, fué negado primero por los Académicos, muy esclarecidos, y no comenzó á ser empleado en París, sino bajo la administración de M. Chabrol, de Volvié, hacia el fin de 1825.

Salomón de Caus, desde 1615, tuvo la idea de emplear el vapor como fuerza motriz.

¿Acaso es á Wat ó á Cugnot, es decir, á Inglaterra ó Francia, á quienes debe pertenecer el honor de la primera aplicación del vapor á la locomoción? Poco importa. Un sólo punto atañe á nuestro objeto: Es la lentitud de la marcha de este descubrimiento tan importante, en el campo del progreso.

Sea lo que fuere, el ingeniero francés Cugnot hizo el ensayo, por 1770, ante el duque de Choiseul, Ministro de Estado, de una máquina movida por el vapor de agua,

y destinada á recorrer las rutas ordinarias.

Esta máquina podía soportar un peso considerable, y por un movimiento continuo recorrer «mil ochocientos á dos mil toesas por hora.»

El Gobierno la compró en veinte mil libras..... y «ahí la dejó!» Desde 1801 está depositada en París, en el Conservatorio de Artes y Oficios. Y Cugnot murió en 1804, sin fama y en la miseria.

Desde su nacimiento, este rico descubrimiento durmió durante sesenta años en su cuna. Y hasta 1830, fué cuando se vió funcionar la primera locomotora de Roberto Stephenson, en el camino de Liverpool á Manchester. El ejemplo de Inglaterra pronto fué seguido por las demás naciones: inmediatamente se establecieron varias vías férreas en los Estados Unidos, en Bélgica, en Prusia, mas en Francia no se siguió sino hasta más tarde, el impulso progresivo. Y esto, debido, aparte de la oposición de algunos intereses particulares alarmados, á la contemporización de los señores Académicos. Un día se expuso á la Academia el plano y el dibujo de una locomotora; después de haberlos examinado: «Sí, en efecto, dijo sonriendo un miembro de la docta Asamblea, todo esto es muy ingenioso, solamente, esta máquina no marchará, porque es

muy pesada, y las ruedas girarán en un lugar!

¿Y ahora, la Academia no es una máquina muy pesada, que no marcha nunca, porque sus ruedas giran sobre un lugar?.....

Cuando M. Perdonnet, uno de los ingenieros más hábiles, anunció en su curso de la Escuela Central, que el descubrimiento de los caminos de hierro estaba destinado á producir una revolución semejante á la que había operado la invención de la imprenta, fué tratado como insensato.

A otro ingeniero que pensaba, con sus asociados, en construir el camino de hierro de Rouen, M. Thiers, le dió esta respuesta: «Bien me guardaría de pedir á la Cámara el camino de Rouen! Se me echaría de la tribuna.»—El fierro es muy caro en Francia, decía el Ministro de Hacienda, M. Passy.—«El país es muy accidentado,» objetaba M. Allier, diputado. Era preciso que el camino de hierro respondiese á las negaciones, como el filósofo griego... «marchando.»

He aquí el fragmento de un folletín que publicaba, hace algún tiempo, un diario de París, á propósito de los buques de vapor: «Los Académicos, decía el sabio publicista, no son útiles en las grandes ocasiones. Así en 1805, el Emperador, que creía en los sabios, se

dirigió á la Academia, para saber si el vapor concentrado, según el procedimiento de Fulton, podía hacer marchar á un navío: «Los sabios respondieron con una carjada olímpica!» El Emperador quedó muy mortificado de su ignorancia, y merced á los sabios escépticos del vapor, hubo un cuarto de siglo de retardo en el reloj de la civilización; pérdida irreparable para los hombres nacidos en este siglo! Según mi opinión, sin este yerro colosal de la ciencia, el día de hoy conocería la India y la China, como conozco el boulevard de los Italianos. Un día llegará en el que nuestros nietos vean escuadras de buques de vapor, humear en un puerto hecho debajo de la cúpula del Instituto».

¿No es vergonzoso para nuestra Academia francesa, que esta broma sea chispeante de verdad?

Cual es, en fin, ¿uno de los más bellos descubrimientos de nuestro siglo y tal vez de los siglos futuros? Ciertamente la telegrafía eléctrica,

Este descubrimiento no es, en efecto, sino un rayo que la inteligencia humana robó al foco del Omnipotente! ¿Se puede concebir que haya encontrado algún obstáculo, y que esta chispa divina no haya traspasado inmediatamente las tinieblas de las preocupaciones?

La idea de los telégrafos eléctricos ya ha habido sido entrevista por Franklin, y propuesta en 1774, por Lesage, físico de Génova. Ahora se usa en el mundo entero. El primer ensayo se hizo en San Petersburgo

Pronto se vieron telégrafos eléctricos en Inglaterra, en América y en Alemania. Pero en Francia, cuando Arago quiso hablar, los Académicos estallaron de risa, diciendo que esta idea era una «utopía magnífica.»

Ahora bien, en nuestra nación, tan esclarecida, y pretendiéndose la más avanzada en la vida del progreso, el primer telégrafo eléctrico fué establecido de París á Rouen, en 1845, y ya hacía ocho años que los telégrafos funcionaban en los Estados Unidos.

Preguntadme ahora, ¿por que la Homeopatía no es reconocida por los Académicos, y por qué los médicos homeópatas son rechazados del seno de las Facultades?

Pero antes, decidme; ¿sabéis lo que es una Academia?

Hubo en Atenas una escuela célebre, fundada por Platon, por el año 388 antes de J-C. Como todos los días iba en aumento el número de sus discípulos, el sabio filósofo los reunió en un vasto jardín, que pertenecía á Academus. Esta es la

razón por lo que la docta asamblea tomó el nombre de Academia.

He tenido la ocasión de hacer algunas investigaciones respecto á las Academias de Italia, en los siglos XVI y XVII. Quedé muy agradablemente sorprendido de sus nombres de bautismo. He aquí algunos.

Los Académicos eran llamados: En Roma.—Humoristi, fantástici.—Caprichosos, fantásticos.

En Cesena.—Offuscati.—Ofuscados.

En Viterbo.—Ostinati.—Obstinados,

Etc., etc., etc.

Es preciso confesar que en aquellos tiempos, los Académicos eran apreciados en su justo valor, y tengo por hombres de ingenio á los que los han bautizado tan bien. Yo no sé cómo se les llama en Francia; pero como descienden en línea recta de los de Italia, son sin duda, de la misma familia, y deben, por consiguiente, llevar los mismos nombres.

Queréis saber, por lo demás, ¿lo que es el Académico francés? Escuchad á uno de nuestros más espirituales escritores, á Méry:

«Hay, dice, en este cuerpo, muchos sabios ilustres, que saben, esto es incuestionable; pero muchos sabios, cuando están reunidos en Cenáculo, no ven llover sobre ellos las llamas inspiradoras del Pente-

costés. Ellos renuevan la palabra pronunciada por Fontanes, en pleno Instituto, en 1811: «Todos los versos están hechos.» Ellos dicen: «Todo está descubierto.» Los cuerpos sabios constituidos tienen su amor propio, si hubiese alguna cosa por descubrir, ellos la descubrirían. Nunca un profano, «sabio de ocasión,» valdrá más que ellos.»

¿Queréis, aún, tener una idea de los decretos y decisiones supremas de una Academia? Escuchad á uno de nuestros más cáusticos satíricos, á M. Aimé Paris.

En una carta dirigida á los campesinos, para hacerles comprender lo que es una Academia, les citó el hecho de un Académico quien, «queriendo experimentar la perspicacia de sus colegas, toma de su cocina un cuchillo enmohecido, del que guarda la cache, y entierra la hoja, durante dos años, en un terreno húmedo, para que el moho le dé una apariencia de antiguo metal.

«Algún tiempo después, leyó á su Academia una memoria, para probar que debía haberse librado, muy cerca de la ciudad, una batalla mortífera, que debía haber dejado huellas, que era preciso buscar. Propone hacer escavaciones. Una comisión fué nombrada, que se encargó de dirigir los trabajos. Se encuentra la famosa lámina. Grande

alegría entre los sabios; el objeto precioso es llevado en triunfo á la Academia, y después de una larga discusión, para saber si era el pedazo de un sable, de un dardo ó de un puñal, se resuelve decidir que era el puñal de un ginete y no el arma de un infante.

«Nuestro sabio malicioso halla el momento de dar una lección á sus señores colegas. Se presenta entonces á la Academia, y le dirige este pequeño discurso:

«Mis caros colegas, otra vez, haríais muy bien en poner vuestros anteojos; de esta manera no llegaríais á tomar por un cuchillo romano, á un cuchillo de mi cocina, que conozco tanto, que he aquí la cache, que yo había ocultado antes de hacer esta jugada, la que os suplico me perdonéis por mi buena intención.»

M. Aimé Paris termina su carta, diciendo: «Vais á creer que hubo risas; pues no, mis buenos campesinos; se puso al orador á la puerta de la Academia, se borró su nombre de la lista, declarando que la sociedad sabia, «no podía equivocarse.» Las memorias fueron impresas, y el cuchillo de cocina quedó como puñal romano. Figura todavía, adornado de una etiqueta en latín, en el museo de la Academia.»

Ciertamente esos Académicos

eran los descendientes de los de Viterbo.

Finalmente, ¿queréis saber lo que es una verdadera Academia? Escuchad!... Victor Meunier, va á decíroslo:

«Durante largo tiempo la Academia de ciencias, fué la representación más elevada y más completa del mundo sabio; en cierta época, ella casi fué todo el mundo sabio. Pero el fuego sagrado que atizaba ha ganado al universo entero, y en el incendio general, el hogar no arroja más luz que la luna á medio día.

«Hoy que la ciencia ha caído en el dominio público, la grande y viviente Academia está encerrada entre los cuatro muros del Palacio Mazarino; su público no se halla en ese puñado de visitantes, que la primera clase del Instituto quisiera admitir en sus pálidas sesiones; su secretario perpetuo, ya no toma asiento en su sillón, en el que, después de Arago, cualquiera pudiera sentarse, pero que nadie ocupará.

«La Academia es el mundo; la prensa es su secretario perpetuo dotado como ella de ubicuidad; y el público se compone de algunos millones de lectores, esparcidos sobre toda la superficie de la tierra.»

Concluyamos:

Un Académico, es un hombre sa-

bio; Los Académicos no saben nada.

Un Académico, puede ver claro; Los Académicos, son ciegos.

Un Académico, puede ser hombre de buen consejo y de elevada sabiduría; Los Académicos no saben lo que hacen ni lo que dicen.

Parece una enorme paradoja, y sin embargo es un hecho.

Un Académico puede ser comparado al más perfecto músico, Los Académicos son músicos que forman la orquesta más cacofónica.

Un Académico puede ser comparado á un arroyo claro y limpio; Los Académicos reunidos son otros tantos arroyos que desembocan en el mismo dique, y no forman más que agua turbia.

Finalmente, un Académico es un rayo luminoso que brilla cuando está solo; Los Académicos son rayos que reunidos en hacesillo, cesan de ser luminosos, y forman un cono de sombra, capaz de operar el eclipse total del descubrimiento más brillante.

¿Preguntaréis todavía? ¿por qué la Homeopatía no está adoptada por los Académicos?

Generalmente los que hacen esta pregunta á propósito de cualquier descubrimiento, ignoran lo que es un Académico. Para el vulgo profano, un Académico es un oráculo dotado de infalibilidad, y una Academia es más sagrada que